

Identidad del cuerpo mortal y resucitado ⁽¹⁾

Tercera fase.—Después de Durando, principios del siglo XIV, hay que llegar nada menos que hasta la mitad del siglo XIX para volver a dar con impugnadores de la sentencia tradicional dentro del campo ortodoxo (2). Fuera de él, hacia tiempo que se dejaban oír ásperas voces de contradicción. En 1723 el protestante Tomás Burnet preguntaba con gesto desdeñoso: «Quid tua aut mea interest, sive easdem habeamus particulas sive alias non minoris dignitatis et virtutis? vel quid fiat ab exuviis nostris et cadaveribus, dummodo habitemus in luce et inter angelos?» (3). Y en tono, más que desenfadado, escandaloso, desarrollaba contra la sentencia tradicional una larga serie de argumentos: *a*) la inutilidad de que la Omnipotencia divina intervenga en reconstituir los cuerpos con la misma materia, «circa rem inutilem occupare non licet summam Dei potentiam» (4); *b*) la renovación total de la materia, por la cual «plura gessimus corpora in hac vita secundum decursum aetatum» (5); *c*) el círculo de transformaciones por las que pasa sucesivamente una misma materia, constituyendo, ora unos, ora otros cuerpos, porque «sumus omnes ἀλλήλοφάγοι, alter alterius pascimur reliquiis. Non quidem immediate, sed post aliquot transmutationes in herbas et animalia, in illis herbis et animalibus majores nostros comedimus vel eorum aliquas minutias» (6), etc. etc. Los Santos Padres le estorban poco y casi habla de ellos como de iguales. Y en fin, para desembarazarse de los textos de Escritura, los cuales, a su juicio, tomados *literalmente*, prueban la sentencia tradicional, observa, «aliam esse doctrinam arcanam sive

(1) Véase ESTUDIOS ECLESIASTICOS, n. 9, págs. 73-85.

(2) Ibid., pgs. 73, nota 2.

(3) *De statu mortuorum et resurgentium liber...* Autore (sic) Thoma Burnetio, S. T. P. Londini: MDCCXXIII—cp. IX, pgs. 201-202.

(4) Ibid., pg. 211.

(5) Ibid., pgs. 205-206.

(6) Ibid., pg. 212.

hypothese[m] rationalem, aliam vulgarem in hoc argumento» (1). El libro de Burnet debió de levantar algo de polvareda, como parece indicarlo cierto particular interés por parte de los católicos en combatirlo y desacreditarlo (2). Pero mucha mayor influencia debía ejercer una obra celeberrima nacida en Francia hacia la mitad del siglo XVIII, verdadero mar revuelto de ideas sanas y perniciosas que anegó la Europa entera en sus turbias ondas de enciclopedismo e incredulidad. En la Enciclopedia, comenzada a publicar en 1751 por Diderot y D'Alembert, el artículo *resurrección*, según todos los indicios, está redactado por Diderot; y en verdad que el hijo es digno del padre. «Los cristianos, dice, creen en general la resurrección del mismo idéntico cuerpo, de la misma carne y de los mismos huesos que se habrá tenido durante la vida, en el día del juicio. He aquí dos objeciones que los filósofos oponen a esta opinión con las soluciones que se dan» (3). La primera dificultad amplifica el hecho del flujo incesante de materia de unos cuerpos a otros; la segunda insiste en la renovación total de la materia en el cuerpo del mismo individuo. Dejemos la respuesta a la primera dificultad, respuesta falsa e insidiosa a la vez, y más a propósito para ridiculizar el dogma de la resurrección que para defenderlo. Pero notemos la respuesta a la segunda, porque hará fortuna: «Se

(1) Ibid., pg. 216. «Secundum hypothese[m], dice, litteralem Scripturae, idem corpus quod cecidit, resurrecturum est; idem cadaver quod jacet in sepulchro proditurum est; ad vocem Christi vel ad sonitum tubae, mare ejiciet mortuos suos, terra suos, itidem et quodlibet elementum aut regio hujusce mundi inferioris, quae absorbuerat et recondiderat cadavera in apricum proferet... Haec mihi videtur idea Resurrectionis in sacris litteris maxime obvia et vulgo quidem accommodatissima. Quam ideo *hypothese[m] vulgarem* appellare licet.» Ibid.

(2) El florentino Querci, en sus notas al *Hexaemeron* de Pisida, reproducidas por Migne (MG., 9, 1425 ss.), en la nota correspondiente al v. 1481, después de remitir a varios Santos Padres, que dan amplificados los argumentos de Pisida sobre la resurrección, remite también al libro de su amigo Juan Lami. «Deliciae eruditorum seu veterum ἀνecdóτων opusculorum collectanea», Florencia 1736 sqs. Dice, pues, Querci que Lami en su libro no sólo refuta los errores de los antiguos herejes, «sed et Burnetii famigeratissimi inter Anglos hominis argutias vel potius deliramenta contra resurrectionem corporum e mortuis funditus evertit» (MG., ibid., 1546, nota). De Lami contra Burnet, «monstrae aetatis hominem... magis philosophum quam theologum agentem, etc.», véase en la obra citada, t. II, 1739, pg. 149 sqs.—También los teólogos hablaban fuertemente de Burnet todavía a mitad del siglo pasado. Por ejemplo, Knoll de Bulsano, O. C., después de citar otros protestantes sin calificativo especial, añade: «Burnetus in suo *pravo* libro de statu mortuorum et resurgentium...» *Institut. theolog. theoret.*, pars V, de *Deo omnium consummatore*, sect. III, cp. I, a. II, § I, 826, n. 3, nota.

(3) *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers par une société de gens de lettres*, mis en ordre et publié par Mr... T. XIV, Aneufchastel, 1705. pg. 197.

puede responder, según los principios de M. Locke, que la identidad personal de un ser razonable consiste en el sentimiento interior, en la potencia de considerarse a *si-mismo* como la misma cosa en diferentes tiempos y lugares. Por esto cada uno es para sí aquello que llama *yo-mismo* (*soi-même*), sin considerar si este *yo-mismo* se continúa en la misma substancia o en substancias diferentes. La identidad de esta persona va aun hasta ahí; ella es al presente el mismo *yo-mismo* que era entonces, y es por el mismo *yo-mismo* que reflexiona ahora sobre la acción, que la acción ha sido hecha. Ahora bien; es esa identidad personal la que es el objeto de recompensas y de castigos y la que hemos observado que puede existir en las diferentes sucesiones de materias; de suerte que, para tornar las recompensas o castigos justos y razonables, no hace falta ninguna otra cosa sino que resucitemos con un cuerpo tal que podamos con él retener el testimonio de nuestras acciones» (1).

De esta manera protestantes y filósofos levantaban sus voces contra la explicación tradicional; tardaron, sin embargo, en encontrar eco perceptible dentro del campo ortodoxo. Quizá en los aciagos días de postración teológica, que abrazan más o menos los últimos veinte años del siglo XVIII y el primer tercio del XIX, aquellas ideas fueron incubándose, y sobre todo se preparó el terreno para su aparición y desarrollo. Cuando, después de un largo lapso de tiempo, en que se había perdido en gran parte el contacto con la tradición, y por consiguiente, el punto firme de apoyo para la recta especulación teológica, nuevos impulsos de renovación agitaron los espíritus y un enjambre de apologistas, muchos de ellos sin seria preparación teológica, se levantó de la precedente descomposición: entonces comenzaron a oírse con cierta insistencia dentro del campo católico ecos extraños, que ciertamente no eran ecos de nuestros Padres y mayores.

Francia.—Fecunda en escritores, Francia fué la que de mucho dió el mayor número de impugnadores de la sentencia tradicional. El primero, según todas nuestras noticias, es el famosísimo J. P. Migne en los dos tomos de *Catechismes*, anotados y publicados por él en 1842 (2). Encabeza el primer tomo de dicha publicación el célebre

(1) *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers par une société de gens de lettres*, mis en ordre et publié par Mr... T. XIV, Aneufchastel, 1765. pg. 197.

(2) *Catechismes philosophiques, polemiques, etc.*, de Feller, Aimé, etc., annotées et

catecismo filosófico de Feller, S. J. Feller defiende allí la sentencia tradicional con claridad y vigor. No le plugo a Migne, y como lo hace en diversas ocasiones, substituye toda la explicación de Feller por otra arreglada por él (1). Pero Migne no era teólogo, y es preciso usar de no poca indulgencia para interpretar ortodoxamente algunas de sus frases. Usémosla; y sea lo que fuere de ciertas expresiones, en las que parece establecer una mera identidad *específica*, señalemos solamente que no requiere en manera alguna que se reúna la misma materia para la identidad del cuerpo resucitado. «El nuevo cuerpo, dice, substituído el que le precedía y revestido de propiedades diferentes, no impedirá la perfecta identidad del hombre aun cuando no entrase un átomo de la materia que componía el cuerpo terrestre» (2). Por fin, después de varios siglos de silencio, suena una voz ortodoxa en contra de la sentencia tradicional. Desgraciadamente, no es sino el comienzo. Migne dió amplia entrada a semejantes ideas en el curso de sus publicaciones. En aquel río caudaloso de *Cursos, Patrologías, Colecciones y Diccionarios*, afluyeron ideas de todas clases: correctas e incorrectas, rígidas y laxas, ortodoxas y de sabor heterodoxo. Y en la cuestión de que tratamos pasa lo mismo. Así, por ejemplo, en las anotaciones al poeta griego Jorge Pisida, se censuran fuertemente las vistas de Burnet contra la sentencia tradicional (3); en la primera serie de las enciclopedias de Migne se reedita el *Dictionnaire* de Bergier (4) y corona la segunda el *Dictionnaire apologétique*, compuesto por Jéhan, que en este punto reproduce exactamente a Bergier (5). En cambio, por otro lado, han afluído con profusión las ideas sobre la resurrección distintas de las tradicionales

publiées par M. L. Migne, éditeur des *Cours complets* sur chaque branche de la science ecclésiastique, t. I, Paris 1842.

(1) *Ibid.*, col. 373-380. Para mayor seguridad, el R. P. Motherway, con abnegada claridad y diligencia ha examinado cuidadosamente numerosas ediciones del Catecismo de Feller-existent en varias bibliotecas de Bélgica y Francia, sobre todo en la Biblioteca Nacional de París; ha cotejado, entre otras, la retocada por la Condesa de Genlis (París 1820) y las diversas de Paul du Mont, en las que se dice que el primitivo texto de Feller ha sido corregido y considerablemente aumentado, según papeles inéditos del autor, etc. El resultado de sus investigaciones es que el cambio notable de sentencia, que ofrece la edición Migne, es exclusivo de esta edición.

(2) *Ibid.*, col. 375.

(3) *MG.*, 92, 1546, nota.

(4) *Dictionnaire de théol. dogmat. liturg.*, etc., «Résurrect. génér.» t. IV, 1851.

(5) *Dictionnaire apologétique ou les sciences et la philosophie au XIX^e siècle dans leurs rapports avec la Rével. chrét.*, etc., «Résurrect. des corps», t. II, 1855.

y aun heterodoxas. En 1843 se publican las *Démonstrations évangéliques*, y en ellas se da cabida, entre otras, a las explicaciones heterodoxas de Bonnet (1). Ocho años más tarde, 1851, el Diccionario de Bergier entra en las publicaciones de Migne; pero la explicación de Bergier va anotada por M. Pierrot con una extensa nota (2). En ella se enumeran diversas opiniones o hipótesis para explicar la identidad del cuerpo mortal y resucitado; una es la que sostiene que el cuerpo sería idéntico «sin tener una sola de las moléculas que una vez le pertenecieron». Bien es verdad que Pierrot, con buen acuerdo, añade al final que, «si se quisiese prescindir de las opiniones que acabamos de exponer, puédesse todavía concebir que el cuerpo resucitado podrá constar de partes materialmente idénticas a las de que se compuso. En efecto; cuando el cuerpo se disuelve, se desunen sus partes, se separan los elementos de que cada una de aquéllas se formaba; estos elementos forman compuestos nuevos, pero no queda aniquilado ninguno de estos elementos... También la mano de Dios que formó de barro el cuerpo del primer hombre, podrá, con mayor razón, reunir y restablecer los diversos elementos que constituyeron aquel cuerpo y que no han cesado un solo instante de estar presentes a su divina sabiduría» (3). Después de estas hermosas palabras, cita Pierrot el cap. 88 del *Enchiridion*, de S. Agustín; ¡sonaron por fin algunos ecos de la tradición! En 1853 se publica el *Dictionnaire des Apologistes involontaires* (4); las explicaciones más extensas son las opuestas a la tradicional, que apenas asoma vergonzantemente en un texto vago de nuestro Sabunde, que hace suyo Montaigne (5). Allí oímos a Diderot que nos viene a explicar la identidad del cuerpo resucitado, fundándose en los principios de M. Locke (6), a Leibnitz (7), a Bonnet (8), etc. Y lo peor es que el colector de estos testimonios, Chev  , intercala estas palabras entre las fantasías heterodoxas de

(1) *Recherches philosophiques sur les preuves du christianisme*, ch. I, II; véase ch. XXXIII, col. 561, nota 2. Está la obra de Bonnet en el t. II de las *Démonstrations   vang  liques*, col. 453 sqs.

(2) L. c., col. 170-174.

(3) L. c., nota.

(4) *Diction. des Apol. involont.*, par M. C.—F. Chev  , t. I, II, 1853; tomos 38-39 de la segunda serie de las Enciclop. de Migne.

(5) L. c., t. II, art. «Résurrection», col. 1047, 1048.

(6) Col. 1045, 1046.

(7) Col. 1048.

(8) Col. 1049-1058.

Bonnet: «Aquí el sabio naturalista prueba por los hechos, etc., y entonces desarrolla sus profundas y magníficas hipótesis sobre la resurrección» (1). El abate Le Noir va también lejos: este activo colaborador de Migne no es escrupuloso; laxo en otras materias, lo es también en la presente. Dice en el *Dictionnaire des harmonies de la raison et de la foi*, 1856 (2), que para explicar la identidad del cuerpo resucitado, hay tres explicaciones sobre la naturaleza del cuerpo humano. Por supuesto, que ni Santo Tomás ni la teoría escolástica de materia y forma se mientan para nada. Esas tres teorías son la de Descartes, la de Leibnitz y ¡la de Berkeley! «exposée avec autant d'esprit que de franchise» (3). Le Noir no parece ver con recelo ni malos ojos los subjetivismos radicales de Berkeley, en cuya teoría, dice, las dificultades contra la identidad del cuerpo carecen por completo aun de significado. Pero no es sólo eso, sino que de cuando en cuando se le escapan a Le Noir frases en que crudamente no parece admitir nada más que la identidad *específica* (4). Por este tiempo, en 1855, apareció la obra de E. Martin, *La vie future* (5). El libro honra a su autor, laico instruido y buen católico; pero de todos modos, no es obra de teólogo. En nuestra cuestión, propone primero brevemente Martin como aceptable la doctrina tradicional, para explayarse después en la extraña teoría que explica la identidad del organismo viviente por un principio misterioso llamado *principio de identidad*, «que persiste... en el cuerpo humano a través de todas las fases de su existencia y que constituye a la vez la naturaleza específica y la individualidad de los cuerpos vivientes» (6). Este principio o fuerza distinta del alma racional vive en medio de la materia y la gobierna, y así conserva y mantiene el cuerpo, marcándolo constantemente con su propia individualidad. Siguen unas páginas en que se describen por indicios y conjeturas las propiedades de este principio, o *yo no sé qué, indefinible para nosotros*, que según parece es *imponderable*; pero *material* (7), *reside verosímilmente en un organismo sutil, in-*

(1) Col. 1053.

(2) Tomo único, art. «Résurrection de la chair (La)», II.—*La résurrect. devant la raison* V, col. 1477 sqs.; t. 19 de la tercera serie de las Enciclop. de Migne.

(3) Ibid., col. 1477.

(4) Col. 1478.

(5) *La vie future suivant la foi et suivant la raison*, par Th. Henri Martin, 2 edit. Paris 1858.

(6) Ibid., ch. VIII, § 3, pg. 481.

(7) Ibid.

accesible a nuestras observaciones (1), y según ciertos indicios, sobrevive a la muerte, quizá unido al alma racional, quizá separado de ella, etc., etc. (2). Explicaciones como ésa podían ser del gusto de aquella época, aun de aquéllos que pretendían saber teología. Y efectivamente; tres años más tarde, en 1858, aparece el tomo 38 de la tercera de las Enciclopedias de Migne (3); en ese nuevo Diccionario Carlos Berton, su autor, no encuentra cosa mejor para ilustrar nuestra materia que transcribir literalmente a Martin. La extensa cita termina con este caluroso elogio: «El eminente autor refuta aún muchas objeciones contra la resurrección, y presenta sobre este misterio vistas profundas. Se lograría nuestro fin si por las citas precedentes se decidieran nuestros lectores a comprar y a propagar el libro *La vie future*» (4).

Migne, Pierrot, Chev  , Le Noir, Martin, Berton, son nombres bien poco representativos en teología, para no decir algo peor de algunos de ellos. No lo son mucho más un Baguenault de Puchesse (5), Bautain (6), D'Hauterive (7), Pioger (8), Cauly (9), como que varios ni siquiera han hallado acogida en las páginas, tan amplias y hospitalarias, de Hurter.

Más alto con todo subió la moderna explicación en el mismo siglo XIX. Un elocuentísimo orador, nada menos que el R. P. Lacordaire, O. P., en una de sus conferencias sobre la Eucaristía, terminantemente afirma que la identidad de forma es la que explica la identidad de los cuerpos resucitados (10). Digamos de pasada que otro

(1) *La vie future suivant la foi et suivant la raison*, par Th. Henri Martin, 2 edit. Paris 2848, pg. 484.

(2) Ibid., pgs. 484-485.

(3) *Dictionnaire du parallèle entre diverses doctrines philosophiques et religieuses d'une part, et la foi catholique de l'autre*, tomo   nico, 1858.

(4) Ibid., art. «Résurrection», col. 1147.

(5) *L'immortalité*, part. III, ch. IX, 1868.

(6) *Les choses de l'autre monde*.—*Journal d'un philosophe*, Oeuvre posthume, Paris 1868, pgs. 473-374. Bien es verdad que Bautain expresamente nota que habla en filósofo: «...Philosophiquement, car ce n'est plus le théologien qui vous parle...», pg. 373.

(7) *Grand catéchisme de la persévérance chrétienne*, par P. D'Hauterive, part. I, sect. II, le  . 33, n. 14, pgs. 530-533, 5 edit., Paris 1880.

(8) *La vida después de la muerte*, por L. M. Pioger y traducida por V. F. y V., cp. X, pgs. 123-128, Barcelona 1875; copia casi íntegra la nota de Pierrot.

(9) *Curso de instrucción religiosa*, por monseñor Eugenio E. Cauly, traducido de la 4.  ed. francesa por el P. Pablo Drinot, SS. CC., 2.  part., *apolog  tica cristiana*, I, cap. X, art. 2. , 117, pgs. 260-262. Santiago de Chile 1896.

(10) No la hemos hallado, y sólo conocemos un fragmento citado por Oswald en su *Eschatologie*, sec. III, cap. 2,    5, pg. 306, Paderborn 1893.

orador, si no tan elocuente, a lo menos mucho mejor teólogo, el R. P. Monsabré, O. P., no muchos años después, desde la cátedra de Nuestra Señora de París, niega que la explicación de Durando pueda ser sostenida por ningún teólogo sensato, y afirma que se halla en oposición con la tradición y la doctrina de la Iglesia (1). Con Lacordaire y otro orador bastante célebre, Mgr. Besson (2), los tres o cuatro escritores de Francia más ilustres que dentro del siglo XIX se desvían de la corriente tradicional, son: el célebre P. Gratry, su secretario en un tiempo Mgr. E. Méric, Mgr. Freppel, y el que escribió después de todos tres, el canónigo Duilhé de Saint-Projet. Los más afirmativos son Gratry y Méric. El P. Gratry, de formación teológica algo superficial, según se vió, con cierta mengua de su crédito, en tiempo del Concilio Vaticano, parece admitir la teoría de la permanencia de un germen de nuestro cuerpo, el cual, despertado y vivificado por el soplo de Dios, reconstituirá, no importa con qué materia, el mismo cuerpo de antes (3). Más teólogo es Mgr. Méric: Méric abandona lo del germen y se contenta, en el fondo, con la teoría de Durando (4). Pero es rasgo bien significativo, y que por sí solo habla elocuentemente, el que ni el P. Gratry ni Mgr. Méric citan o discuten en esta cuestión un solo texto de los Santos Padres; atentos a los rumores de su siglo, no parece que hayan percibido la sagrada voz de la tradición. Mgr. Freppel es más modesto en sus afirmaciones, y a la vez el que más vale. En rigor, no va contra la sentencia tradicional, antes muestra por ella sus preferencias por encima de las modernas explicaciones; pero tanto a la una como a las otras las califica de opiniones libres y aun, según parece, de meras hipótesis científicas (5). Lo mismo hace Duilhé de Saint-Projet, que en este punto se

(1) Conferencias de Ntra. Sra. de París.—*Exposición del dogma católico, La vida futura*, por el M. R. P. Monsabré, O. P., traducida por un religioso de la misma Orden, Cuaresma de 1889, Confer. 101, pg. 146, y en las notas a las conferencias, nota a la Conferencia 101, pg. 214, Vergara 1895.

(2) *Les mystères de la vie future*, conférences ann. 1873 et 1874, conf. 8, pgs. 189-199. Paris 1878.

(3) *Filosofía del Credo*, por A. Gratry, sacerdote del orator. de la Inmaculada Concepción, traducido por F. de T., diálogo séptimo: «La vida eterna», III, pgs. 233-236, Barcelona 1865.

(4) *L'autre vie*, I, III, ch. IV, éd. 14, pg. 62 sqs., Paris 1920.

(5) *Les apologistes chrétiens au deuxième siècle*, cours d'éloquence sacrée pendant 1859-1860, leç. 9, éd. 3, pgs. 199-202, Paris 1887.

contenta casi únicamente con hacer suyas las observaciones de Mgr. Freppel (1).

Cuando a últimos del pasado siglo, el pensamiento teológico francés comenzó a orientarse y a ser de veras teólogo, comenzaron también a extinguirse, hasta desaparecer casi por entero, las manifestaciones opuestas al sentir tradicional. Los años que median entre 1842 y 1873, son los años de más frecuente oposición; decrece desde esta fecha, hasta que después de 1885 apenas vuelve a surgir nueva oposición en lo que resta de siglo.

Bélgica.—En Bélgica, el escritor quizá más acreditado, que simpatiza con los modernos, es el Rector de la Universidad de Lovaina Mgr. Laforêt. Este apologista parece complacerse amorosamente en la teoría del *principio de identidad*, explicado poco más o menos conforme lo hace Martin, a quien cita extensamente. Pero con buen acuerdo, a continuación de tan extraña teoría añade: «Demos un paso más: ¿qué imposibilidad hay de que el cuerpo resucitado sea formado de partes aun materialmente idénticas a las que le han ya compuesto?» (2). Y cita de Waterkein, entre otras, las siguientes frases: «La mano divina, que formó del barro de la tierra el cuerpo del primer hombre, podrá con mayor razón reunir y restablecer los diversos elementos que han ya constituido este cuerpo y que no han cesado un sólo instante de estar presentes a la divina sabiduría» (3). Van Weddingen, que en su apreciable obra *Les éléments raisonnés de la Religion* se había expresado al principio (ed. 1875) en términos, aunque generales, del todo conformes con la tradición, más tarde, influido quizá por Méric, intercaló un breve párrafo que, si bien es algo obscuro, deja entrever lo bastante un pensamiento poco conforme con la sentencia tradicional, puesto que, según él, basta para la identidad

(1) *Apologie scientifique de la foi chrétienne*, par le Chanoine F. Duilhé de Saint-Projet, part. 4, ch. XXI, § V, pgs. 472-473, éd. 2, Paris-Toulouse 1885.

(2) *Les dogmes catholiques exposés, prouvés et vengés des attaques de l'hérésie et de l'incrédulité*, par J. Laforêt, Chanoine honoraire de la cathéd. de Namur, t. XXVII, t. IV, ch. II, § II, pg. 386, Bruselas 1859.

(3) Por esta cita podría parecer que Waterkeyn sigue la sentencia tradicional. Sin embargo, como no hemos dado con sus escritos, no nos atrevemos a asegurarlo; sobre todo, porque tenemos indicios en contrario. Así, por ejemplo, Bérton en *Dictionn. du parallèle*, antes de transcribir un largo fragmento de la obra de Martin, según antes dijimos, escribe lo siguiente: «Nous nous proposons de citer ici deux beaux travaux de M. Devay (del que no tenemos noticia) et de M. Waterkeyn sur la résurrection; mais M. Henri Martin les ayant résumés et complétés... etc.» L. c., col. 1137. Quizá Waterkeyn proponía las dos soluciones.

del cuerpo resucitado la persistencia del tipo esencial específico e individual (1).

Alemania y Austria.—De Alemania y Austria no conocemos en todo el siglo XIX sino dos autores fuera del cauce tradicional. Los dos son conocidos y famosos, aunque por diversos títulos. Es uno el célebre apologista Francisco Hettinger (2). Hettinger no toca el asunto sino de pasada, contentándose con afirmar en pocas palabras que la identidad del cuerpo es exclusivamente un efecto del alma, esencialmente una. En cambio, el otro autor se declara resuelta y acremente en contra de la sentencia tradicional. Según él, sólo se requiere para la resurrección la identidad de materia, en caso de que uno defienda que la materia es el principio de individuación. Lo cual, según él, es falso; puesto que en las creaturas racionales el principio de individuación es el mismo acto de ser y de subsistir y la personalidad con que el alma conoce que ella es *este actual Yo*. Luego, concluye, si la misma alma con conciencia de sí misma se une otra vez con cualquier materia, resulta el mismo individuo. Por otra parte, la autoridad eclesiástica sólo mira la identidad del *actual Yo* y la conciencia de esta identidad, sin que establezca nada acerca de la materia como principio de individuación (3). Afirmaciones tan nuevas hacen *a priori* sospechar algo de quien tan solemnemente las pronuncia; y en efecto, la obra que las contiene está en el Índice, si bien no por esa teoría, y su autor es el discutido teólogo Hermann Schell.

Pero la Alemania del siglo XIX nos ofrece un caso digno de ser recordado. Enrique Oswald, «teólogo digno de veneración», como escribe Hurter (4), había declarado en su *Eschatologie* (5) que no le desagradaba la teoría del P. Lacordaire sobre la identidad del cuerpo resucitado; conocemos ya dicha teoría, que viene a ser la famosa explicación de Durando. Oswald hacía esta concesión en 1868, y durante tres ediciones la mantuvo. Pero en 1877 José Bautz publicaba una preciosa monografía, titulada *Die Lehre vom Auferstehungslei-*

(1) *Les éléments raisonnés de la Religion* par A. Van Weddingen, part. III, ch. XIII, § X, n. III, pg. 491, éd. 1^{re}, Bruselas, Paris 1885.

(2) *Apología del cristianismo*, por el Dr. F. Hettinger, traducida bajo la dirección de D. Nicolás M. Serrano, t. II, conf. XXXIV, pg. 393, Madrid 1876.

(3) *Katholische Dogmatik*, von H. Schell, III, pgs. 841-850, ed. 2. Paderborn 1893.

(4) *Nomenclator*, t. V, col. 1915.

(5) Sect. III, cp. 2, § V (en las tres primeras ediciones).

be (1). En esa monografía, rica en documentación, sobre todo perteneciente a los cinco primeros siglos de los Santos Padres, Bautz confutaba vigorosamente las vistas de Lacordaire, participadas más o menos por Oswald. «Desde el punto de vista teológico y dogmático, decía Bautz, esta opinión de Lacordaire y de algunos otros teólogos y filósofos modernos debe ser rechazada sin restricción, no sólo como error teológico, sino también como error dogmático, porque está en resueltísima contradicción con la doctrina clara de la Iglesia y de la Sagrada Escritura, como también con la doctrina totalmente conforme de los Padres y de los teólogos de la Iglesia» (2). Emocionóse Oswald ante acusaciones tan terminantes, y en la cuarta edición, publicada en 1879, dos años después de la refutación de Bautz, apresuróse a hacer constar su retractación, si bien al propio tiempo manifestando que no acababa de estar conforme con la severísima censura de Bautz. Son estas sus leales y explícitas declaraciones: «Por lo que toca a mi persona, me declaro resueltamente fuera de esa *laxa* interpretación (así la llamo yo). Pues en realidad, me parece que el Sr. Bautz ha probado que la doctrina revelada acerca de la identidad del cuerpo resucitado con el presente ha sido interpretada constante y unánimemente por Padres y teólogos en el sentido de una identidad material, aunque solamente relativa. Esta concorde declaración de Padres y teólogos, contra la cual el disenso de algunos pocos filósofos y teólogos, a mi entender, no puede prosperar, es para mi persona norma suficiente, y suficientemente sagrada para creerme obligado a conformar con la misma mis convicciones; y debo, por consiguiente, para disculpa de mi anterior exposición, confesar públicamente que ignoraba una tan constante interpretación tradicional en la presente cuestión» (3). Hemos creído conveniente dar cuenta de todo este episodio, entre otras causas, porque no faltan autores que, aun en nuestros días, continúan citando a Oswald como opuesto a la sentencia tradicional.

(1) *Die Lehre vom Auferstehungsleibe nach ihrer positiven und speculativen Seite*, dargestellt von Lic. Joseph Bautz, part. I, sect. 1-2. Paderborn 1877. Agotada esta monografía, sólo a última hora y de ocasión hemos podido por fin adquirirla. Verdaderamente es digna de ser leída; por nuestra parte, sólo echamos de menos el que no haya prescindido más de ciertos aspectos filosóficos, de los cuales puede y debe estar desligada la presente cuestión.

(2) *Ibid.*, sect. 2, §. 6, ps. 109.

(3) *L. c.*, pg. 309, al final de la larga nota que comienza en la pg. 306, Paderborn 1893.

Italia, España.—No sabemos de autor alguno perteneciente al siglo XIX que en Italia se haya desviado de la corriente tradicional, y lo mismo podemos decir de España (1). Pero en España, si no hubo producción original, en cambio se tradujo bastante; Martin, Gratry, Pioger y Hettinger, traducidos al castellano, con pocos años de diferencia, algo entrada la segunda mitad del siglo pasado, son clara muestra de ello (2).

Si ahora, antes de penetrar en el siglo XX, echamos una ojeada sobre la segunda mitad del siglo XIX, observaremos que, salvo quizá alguna rarísima excepción, no se levanta entre los escritores mencionados una figura ilustre y a la vez de profunda ciencia teológica; no es exagerado decir que, por lo general, no traspasan el nivel de vulgarizadores en teología o, cuando más, de brillantes vulgarizadores; la misma obra doctrinal y teológica de Mgr. Freppel, el cual parece descollar entre todos, no parece en los Cursos de la Sorbona haber llegado a la debida madurez (3). No les favorecía la época en que casi todos escribieron, alrededor o poco más de la mitad del siglo XIX,

(1) Al final del siglo, 1899, D. José de Elola publicó, entre otras obras científicas, una titulada *El Credo y la razón*, por José de Elola, Comandante de Estado Mayor, Profesor de la Escuela Superior de Guerra. Madrid 1899. El autor despierta simpatías por su talento y acendrada fe, que expone en estilo viril y lleno de franqueza. En el cp. XII, II, pg. 576 sgs. podría parecer que se aparta de la sentencia tradicional; pues, aunque según ella responde muy bien y con gracia a la primera dificultad, «¿Cómo es posible vuelvan a juntarse las partículas todas..., etc.», con todo parece responder según la moderna explicación a la dificultad inmediata, «no es posible acaso que una molécula, que constituyó parte del cuerpo de un hombre, haya pertenecido sucesivamente a otro o a otros varios... etc.?» No obstante, se puede decir que en la primera respuesta establece la regla general y en la segunda lo que puede realizarse en casos excepcionales, sin perjuicio de la identidad del cuerpo en un verdadero sentido, dado que algunas partículas sean comunes a varios. Si así es, como parece probable, el Sr. Elola habría adoptado una solución igual o muy parecida a la del insigne teólogo Gregorio de Valencia, (V. *Estudios Eclesiásticos*, t. III, n. 9, pgs 83-85). Por lo demás, el autor, con noble y atractiva sinceridad, nos expone, ya desde el prólogo, su actitud con estas palabras: «Quien, conocido el título de esta obra, se fije en el desconocido nombre del autor de ella, seguramente sentirá extrañeza; tal título parece exigir la firma de un teólogo o de un filósofo, y ni he abierto nunca un libro de teología, ni poseo otros conocimientos filosóficos que los someros rudimentos adquiridos ha muchos años, y ya casi olvidados, en la enseñanza elemental. De entonces acá, mi profesión, mis deberes, mis aficiones, lleváronme por otros derroteros, y por ello *la razón natural tan sólo* ha intervenido en el análisis de la profesión de fe católica que constituye este libro. Desconozco las argucias y sutilezas de las escuelas filosóficas, ignoro las razones que los doctores de la Iglesia alegan en apoyo de la doctrina de ésta; pero cual todo hombre, encuentro en mi razón...»

(2) De los tres últimos hemos citado traducciones; de Martín publicó una anónima en 1865 la Librería Religiosa de Barcelona.

(3) Véase el juicio de Bellamy y su anotador P. Bainvel en *La théologie cathol. au XIX^e siècle*, par J. Bellamy, ch. II, §. V, pg. 46 y la nota. París 1904.

época todavía, hablando en general, de renovación y tanteos, de cierto verdor del pensamiento teológico, y sobre todo, época en la que cundió extraordinariamente lo que podríamos llamar *fiebre de apología*, pero de esa apología, por decirlo así, *ad hominem*, que con frecuencia mira más al adversario que a la verdad, más a la persuasión y concordia que a la exactitud, y cuya norma primaria directiva parece ser la de suavizar y acomodar las verdades católicas en la mayor medida posible. Quienes quieran encontrar autores en favor del fuego metafórico del infierno, de la mitigación de sus penas, del limbo para multitudes de infieles adultos, y de otras suavizaciones semejantes, en esta época, como también en los tiempos inmediatos anteriores, los hallarán principalmente. A pesar de todo, la nueva explicación acerca de la identidad del cuerpo resucitado, no logró penetrar durante el siglo XIX en las teologías propiamente tales, a excepción de dos: la de Oswald y la de Schell. Pero Oswald, como ya dijimos, poco después de admitida la expulsión de su obra con graves protestas, y sólo quedó, por fin, en la teología de Schell, *Katholische Dogmatik*, puesta en el Índice.

Y ¿qué argumentos eran los que impresionaban a todos esos apologistas y los forzaban o invitaban con grandes atractivos a desviarse del sentir tradicional? Uno principalmente, y aun se podría decir que uno solo: *la renovación total de la materia, más o menos veces, durante la vida del hombre*. Esta es la idea obsesionante y deslumbradora; el punto científico que les parece ya adquirido, y, puesto el cual, o no se puede explicar la identidad del cuerpo resucitado por la identidad de materia, o por lo menos no hay para qué. Por lo mismo, todos los apologistas mencionados convienen, aunque no siempre con decisión, en la parte *negativa*, es decir, en negar la necesidad de la misma materia para la identidad del cuerpo resucitado, aun tal como *de hecho* se ha de realizar. Sin embargo, en la parte *positiva* difieren bastante; pues mientras unos se contentan con la identidad del alma racional, o también en otras palabras, con la identidad de la conciencia, otros añaden la igualdad sensible de facciones y demás caracteres individuales, y otros, por fin, en buen número, requieren además un extraño principio o fuerza formativa de la identidad del cuerpo, a la cual llaman *principio de identidad*.

En el siglo XX avanza un paso más la moderna explicación, no precisamente por el número de sus nuevos partidarios, bastante infe-

rior al del siglo XIX (1), sino por la significación de algunos que son ya, propiamente hablando, teólogos.

Y primeramente un teólogo de mérito recoge con simpatía la forma de explicación más obvia y sencilla que se agitaba en el siglo XIX, y, junto con el argumento entonces también característico, la deja cristalizar en sus *Praelectiones scholastico-dogmaticae*. Desde 1901 hasta 1921, en que ha publicado la última edición, Horacio Mazzella, arzobispo de Taranto, ha seguido repitiendo, es verdad que sólo como probable, pero dando a entender su aprobación, que «ut dicatur *idem corpus resurgere, juxta communem et obvium loquendi modum*,

(1) Además de las obras citadas en el texto, conocemos de Alemania el librito popular *Was kein Auge gesehen*, von Dr. Engelbert Krebs, 7. Die Auferstehung des Fleisches, pgs. 87-96, con las notas finales, pgs. 197-199, 6.^a y 7.^a ed., Friburgo 1921; de Francia, la obrita también popular, *La Foi Catholique*, par H. Lesêtre, Curé de Saint-Étienne-du-Mont, ch. XXIX, 6.—*Résurrection*, pg. 473, éd. 25, Paris 1918; de España, *Curso elemental de apologetica contemporánea*, por el Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro., part. 1.^a fase 1.^a, lec. XIII, pgs. 137-139, Barcelona 1902 (transcribe a Cauly).

No debe ser contado entre los sostenedores de la moderna explicación el notable y meritísimo escritor P. Ramón Ruiz Amado, S. J. Pues, aunque en su gráfico y chispeante estilo parezca algunas veces defenderla; pero cuál haya sido y sea su actitud en la cuestión presente, lo determina concreta y terminantemente una nota aclaratoria que ha tenido la atención de enviarnos respondiendo a una pregunta nuestra. Es del tenor siguiente:

«R. P. Francisco Segarra, S. J.—P. Xti.—Muy amado en Cristo Padre: Me pregunta V. R. sobre mi mente en la cuestión de la identidad del cuerpo resucitado, con ocasión de la lectura de algunas obras mías en las que parece que defendiendo una reciente explicación distinta de la tradicional.—Yo sólo he pretendido dar una solución apologetica, en la que aparezca a la sola luz de la razón que puede haber verdadera resurrección aunque no se recobre toda la misma materia. Admitido esto, ya está conseguido casi todo o todo. Puesto que quien está convencido de que puede haber verdadera resurrección sin que se reasuma toda la misma materia: 1) fácilmente verá que, por lo menos en la generalidad de los casos, es fácil que pueda reconstituirse el cuerpo con la materia que le pertenecía al morir; y en los casos excepcionales lo dejará a la sabiduría de Dios, ya que cualquiera materia que se tome, el cuerpo resucitará el mismo; 2) esto supuesto, cuando a este tal se le diga que la Tradición afirma en concreto que, por lo menos como regla general, se reunirá al alma la misma materia de que el hombre constaba al morir, sin dificultad vendrá en ello.

Este es mi parecer. No tengo inconveniente en que V. R. lo dé a conocer en la forma que juzgue más conveniente.

De V. R. affmo. en Cristo,

R. RUIZ AMADO, S. J.^a

Queremos omitir la mención de un eminente historiador moderno de filosofía, a quien se le ha escapado una frase teológicamente censurable, hablando con todo rigor, y que por cierto él atribuye a Santo Tomás, a saber: que «el cuerpo resucitado será *numéricamente diferente* de aquel con que nacimos». El P. Javier Brors en una especie de pequeño diccionario apologetico sencillo y popular, dice que la explicación moderna *no va contra la fe católica*, frase vaga y que puede ser exacta, pero que en el contexto causa la impresión de que el P. Brors da como aceptable la doctrina de los modernos: está traducido del alemán al italiano: *Il vademecum del cattolico, brevi risposte*, etc., 213.—*Resurrezione dei morti*, pg. 340, ed. 3.^a. Roma 1915.

sufficit ut anima resumat corpus cum ea forma, cum illis specificis et individualibus characteribus, cum illis peculiaribus dispositionibus et differentiis quae, sub animae informatione, erant propria prioris corporis, etsi nulla sit ex moleculis quibus prius corpus coalescebat. Et profecto, etsi corpus humanum totaliter renovetur post aliquot annos ita ut nihil remaneat materiae qua prius constabat, ut ex naturali scientia notum est, tamen numquam non dicimus, communi et obvio loquendi modo, nos idem corpus habere» (1). Sólo una particularidad es de notar. En sus primeras ediciones no alegaba autores; después creyó conveniente aducir algunos. Por lo cual, citado Durando, añade que entre los modernos muchos siguen esta explicación, y como ejemplo señala dos en particular: uno, de quien vamos inmediatamente a tratar; el otro es Oswald. Pero el lector recordará que ya en 1901 la fecha de la retractación pública de Oswald era ya antigua.

Las altas especulaciones metafísicas de Durando habían quedado desde él y Juan de Nápoles casi del todo abandonadas; ciertamente no fueron ellas las que principalmente determinaron la actitud de los disidentes del siglo XIX. Pero, a partir de 1902, se opera un cambio en la forma de argumentación: y las ideas de Durando vienen a ocupar el puesto preponderante en contra de la sentencia tradicional. Es que en esa fecha un hombre eminente las ha hecho suyas y rubricado con su autoridad. El nombre del Cardenal Billot (2), a quien nos referimos, es ya célebre en teología y, como bien sabrán nuestros lectores, poquísimas veces suena al lado del *Doctor Resolutissimus* el intrépido Durando, cuyo nombre parece resonar en los oídos de muchos como clarín de guerra. Pero por rara casualidad es ahora casi de obligación en la presente materia citar a Billot junto a Durando. Efectivamente, Durando entre los antiguos, y Billot entre los modernos, son considerados como los paladines de la explicación opuesta a la tradicional. Y, sin embargo, hay que reconocer que el Cardenal Billot no usa en este punto aquel tono de seguridad, aquella expresión vigorosa y triunfal que le es tan frecuente y característica; era imposible que no se diese cuenta de la soledad teológica en que se

(1) *Praelectiones scholastico-dogmaticae*, auctore H. Mazzella, Archiepiscopo Tarentino, v. IV, tract. de Noviss., cp. II, § II, n. 713, pg. 475, ed. 5.^a. Turin 1921.

(2) *Quaestiones de novissimis*, auctore L. Billot, S. J., S. R. E. Cardinali, q. VII, thes. 13, § 2, pg. 167 ss., ed. 5.^a. Roma 1921

hallaba y de que no combatía a la sombra de la bandera de Santo Tomás. Su argumentación, pues, se reduce, con ligeras variantes, a la de Durando ya antes expuesta, si bien no descuida urgir lo de la renovación de la materia y tantea alguna solución de los argumentos en favor de la explicación tradicional. A pesar de todo, su autoridad ha hecho alguna impresión. Le ha seguido, como en otras ocasiones, el docto Canónigo de Brujas y autor de varios apreciables tratados de teología, Van der Meersch, quien ha tenido el mérito de tratar la cuestión desde el punto de vista moderno en páginas tan breves como claras (1). Fuera de Van der Meersch, es rarísimo quien le siga. Pero a lo menos ha logrado el Cardenal que unos pocos teólogos, aunque respetables, hablen con benignidad de su sentencia; tales son Tanquerey (2), Mannens (3) y algún otro. En cambio la gran mayoría permanece firmemente adherida a la sentencia tradicional; y, como indicaremos más adelante, aun recientemente se ha escrito fuerte y hasta se han fulminado graves censuras contra la opinión patrocinada por el Cardenal Billot. Es que esos teólogos del siglo XX, que se han aventurado a desviarse del camino real, o no han tenido para nada en cuenta, o no han ponderado debidamente los argumentos teológicos, de donde una vez asentado el dogma de que «resucitaremos con los mismos cuerpos que ahora traemos», en todo lo demás han procedido pura y simplemente como filósofos. No han distinguido los dos aspectos de la cuestión radicalmente diversos: el aspecto *filosófico* y el *teológico*; esto es: «qué sería de suyo preciso, y en rigor suficiente, para que en un sentido real y propio se dé la identidad numérica substancial de un cuerpo, v. gr., del cuerpo de Pedro a los siete años y del cuerpo del mismo Pedro a los ochenta, o del cuerpo mortal y del resucitado» —cuestión puramente *filosófica*—y «qué es preciso

(1) *Collationes Brugenses*, t. XV, 1910, pgs. 691-694; véanse también las pgs. 641-644. En este último lugar parece citarse a Bonnet como católico y su sentencia como de católico: *Iudica tres catholicorum sententias...* pg. 641. Bonnet no es católico, sino protestante; y su sentencia, sea lo que fuere de si es herética, merece ciertamente censura teológica. (Cfr. Muzarelli, *Il buon uso della Logica*, opusc. 17, cp. I, IV. Fuligno 1788.)

(2) *Synopsis theol. dogmat.*, auctore Ad. Tanquerey, t. III, *de Noviss.*, cp. III, a. 1, n. 954 y nn. 960-961, pgs. 646, 632, ed. 17, Roma, Tournay y París 1920.

(3) *Theologiae dogmaticae institutiones*, auctore P. Mannens S. Theol. Doctore, t. III, theol. spec. pars altera, tract. XVIII, pars II, cp. 2, a. 2, n. 1059, pg. 717, ed. alt., Ruraemundae 1915. No concede mucho: «Haec explicatio, dice, posita doctrina de composito humano a qua progreditur, non videtur fundamentum carere...» Nótese la razón que da: *posita doctrina de composito humano, a qua progreditur!*

de hecho para que haya identidad numérica entre el cuerpo mortal y resucitado *según aquel grado y modo de identidad que los argumentos teológicos determinan que ha de haber de hecho por libre ordenación y beneplácito de Dios*—cuestión propiamente *teológica*. Resuelta la cuestión en sentido filosófico, esos autores la han creído resuelta también en todos sentidos, sin reparar en que, tratándose de un hecho realizable de varias maneras según el libre beneplácito de Dios, había ante todo que consultar las fuentes teológicas para ver si por ellas se nos manifestaba más o menos claramente la divina voluntad. Y de que dichos autores hayan procedido así, dan testimonio sus palabras. Recuérdense las de Horacio Mazzella, antes citadas: tanto en ellas como en las otras pocas dedicadas a nuestro asunto, la crítica de los documentos positivos sobre el particular falta por completo. Van der Meersch escribe: «Ut idem resurgat homo, censemur requiri et sufficere ut eadem numero anima iterum uniatur materiae primae sub debitis dimensionibus existenti, sive fuerit sive non fuerit olim informata haec materia ab eadem anima.—Haec sententia, ut videtur, *logice sequitur ex doctrina scholastica* de essentiali compositione hominis ex materia prima et forma substantiali unica...» (1); y añade al final: «Licet S. Thomas censeat in resurrectione hominum eandem numero materiam primam, saltem quoad partem, iterum esse uniendam eidem numero animae, tamen *admittit principium ex quo deduximus sententiam propugnata*» (2).

El principio aludido es que «cum unitas rei sequatur formam sicut et esse, oportet quod illa sint idem numero quorum est forma numero una» (3). Así discurre constantemente Van der Meersch; en vano se buscará una palabra siquiera sobre si ha hablado o no ha hablado en este punto la tradición, y si lo ha hecho o no en términos perentorios o que dejan en libertad. Igualmente en O'Hanlon, una vena abundante de metafísica y psicología recorre todo un artículo sobre la identidad del cuerpo resucitado; pero es absoluta la ausencia de documentación positiva (4). Filosofía son también, pura filosofía, y nada más que filosofía, las consideraciones del Cardenal Billot; ni en ellas

(1) L. c., pg. 691.

(2) L. c., pg. 694.

(3) Ibid.

(4) *The Irish Theological Quarterly*, «The Identity of the Risen Body», vol. XVII, julio 1922, n. 67, pgs. 231-237.

se tiene en cuenta para nada la voz de la Sagrada Escritura y Santos Padres (1). Mejor dicho, así era en la primera edición (2). Quiso después el Cardenal, según era de todo punto preciso, hacerse cargo de los argumentos en favor de la sentencia tradicional, y a manera de objeciones los va discutiendo. Y ¿cómo, qué responde al poderoso argumento de los Santos Padres? Es instructivo considerarlo, pues se trata del teólogo que más decididamente ha hablado en pro de la moderna explicación. Resuelta una dificultad filosófica, instase él mismo en la siguiente forma: «*Esto quod in resurrectione identitas animae satis esset ad identitatem corporis simpliciter. Sed adhuc intelligitur identitas perfectior, tam secundum materiam quam secundum formam. Atqui haec est identitas absoluta et totalis, sese extendens etiam ad materiam, quam modus loquendi Scripturae et Patrum ubique insinuare videtur*» (3). Quizá demasiado brevemente se proponen las pruebas de Escritura y Santos Padres. ¿Quién con solas estas frases apreciará su fuerza? Pero transcribamos la parte de respuesta, que va *directamente* a poner en su punto y justa medida el valor probativo de dichos argumentos: «*Respondeo, Scripturam nihil aliud nos docere nisi resurrectionem mortuorum, id est reconstitutionem hominis secundum corpus, et quidem ejusdem numero hominis qui fuerat prius, sicut ipsum per se indicat resurrectionis nomen. Et ad hujusmodi reconstitutionis veritatem satis est identitas entitativa et simpliciter dicta hactenus declarata.*» Nótese de paso lo poco que se le hace decir a la Escritura; sigue la respuesta a los Padres: «*Quod si Patres et Concilia multum insistunt in hoc, quod resurrectio erit in ea ipsa carne quam nunc gestamus, in qua nunc vivimus, in qua nunc consistimus et movemur, non huc spectant locutiones illae ut adstruant necessitatem identitatis etiam pure materialis, quae ex sese satis indifferens esse videtur. Sed apponuntur ad excludendum errorem eorum qui post Origenem dicebant corpora resurgentium*

(1) L. c.—En la obra del P. Prevel SS. CC., revisada y aumentada por el P. Miquel de la misma Orden (*Theologiae dogmaticae elementa ex probatis auctoribus collegit P. B. Prevel SS. CC... ed 3.^a aucta et recognita opera et studio P. M. J. Miquel SS. CC., t. I, II, Paris 1912*), se omite la explicación tradicional y en forma sencilla, clara y breve, casi de apuntes, se resume la explicación del C. Billot, a quien el P. Miquel llama en el prólogo «*guía clarísimo y amadísimo maestro*». No es pues de extrañar que cuanto digamos del C. Billot, cse haya de aplicar a los PP. Prevel y Miquel; y aun creemos que *a fortiori* (V. part. III p. V, a. II, n. 197, Nota, pgs. 679-680).

(2) Ibid., pgs. 152-156, Roma 1902.

(3) L. c., ed. 1921, pg. 172.

fore corpora aerea, spiritui et aurae similia... De quo quidem fidem abunde faciunt testimonia antiquae traditionis superius §. I relata» (1). Estas cortas frases consagradas al argumento patrístico, de imponente grandeza, causan cierto malestar, e irresistiblemente murmuran los labios la pregunta de si por ventura el autor, quizá preocupado por otras cuestiones que ha juzgado más necesarias, no ha dedicado bastante atención a la presente materia. ¿Cómo, si no, podrían escribirse tales soluciones, siendo así que es un hecho certísimo que los Santos Padres, en numerosísima falange que arranca del mismo siglo I y continúa hasta el último de los Padres, además de las expresiones aducidas por el Cardenal, han empleado antes de Orígenes, en tiempo de Orígenes y después de Orígenes, otras muchas en que por diversas y gráficas maneras, de pasada y exprofeso, se afirma categóricamente la reunión del alma a la misma materia habida antes y que ahora andará por ventura dispersa por todo el universo? Digámoslo de una vez con todos los respetos, pero con entera claridad, a causa de la importancia del asunto. No hay ninguno entre el reducido grupo de defensores de la moderna explicación, que haya afrontado seriamente el estudio de las fuentes teológicas en la presente cuestión. A lo más se ponderan con detención las fórmulas generales de los símbolos y concilios, exceptuado, no obstante, el pasaje del Tridentino que trata de la veneración de las reliquias; menos veces y con cierta rapidez el argumento de Escritura; pero el argumento patrístico, que es el principal, podrá ser alguna vez tocado a la manera que lo hace el autor antes citado; mas estudiado seriamente, jamás. No es extraño, pues, que uno se incline a pensar que los distinguidos teólogos antes mencionados no aportan a la moderna explicación un sufragio *formal*, avalorado con todo el peso de su autoridad (que sí la tienen), sino más bien un sufragio *material*, de

(1) Ibid. En el texto atendemos únicamente a la respuesta *directa* dada al argumento de los Santos Padres. Sigue después una respuesta *indirecta*, en la que de las afirmaciones de los Padres, tomadas en su obvio sentido de identidad de la materia, se pretende deducir varios inconvenientes. Pero, ¿para qué se fatiga el insigne autor, filosofando por cuenta propia, si Padres y Escolásticos, comenzando por Santo Tomás, han señalado a la regla general las debidas limitaciones y explicado cómo puede tener lugar, v. gr., en el caso de los recién nacidos, etc., el que resucitemos con el mismo cuerpo, reuniéndose el alma a la misma materia? Una respuesta *indirecta* «ad absurdum», que pretende desvirtuar una serie interminable de textos de Tradición, ¿no es peligrosa? Por el contrario ¿no es lo obvio y lo justo dar por supuesto que no habrá tales inconvenientes y absurdos?

valor puramente numérico; y quizá ninguno de ellos empeñaría su autoridad de teólogo en defender la posición en que sin gran resolución ni muchas investigaciones se han colocado, más tal vez por deseos de simplificar la cuestión y hacer apología que por verdadera ciencia teológica.

Pero de todas maneras sus sufragios, formales o materiales, aumentan el número del grupo contrario. De modo que, si consideramos por junto la fracción de todos los disidentes, habremos de confesar que en estos últimos ochenta años, más acentuado en los extremos que en el medio, un movimiento se ha dibujado en sentido opuesto al tradicional; con él parece romperse la plena unidad que había en el campo católico; ya parece que no puede hablarse de unanimidad, siquiera moral, de los autores católicos en favor de la sentencia unánimemente defendida por los Santos Padres y, aun podemos decir, unánimemente defendida por todos los autores católicos hasta el siglo XIV. Y, de consiguiente, es preciso tener en cuenta este reciente matiz de variación para la justa apreciación y juicio último del conjunto de los argumentos en favor de la sentencia tradicional. Con el favor de Dios, nos haremos de ello cargo al final de la serie de nuestros artículos.

Ahora resumiremos en dos palabras cuanto hemos expuesto sobre el consentimiento de los autores católicos en nuestra cuestión después de la unanimidad de los Santos Padres. *Tres fases* hemos distinguido: 1.^a *Dura la primera* unos cinco siglos, desde el IX hasta el XIII, ambos inclusive; comprende, por consiguiente, el siglo de oro de la filosofía y teología cristianas: en toda esta fase, lo que es mucho de notar, resalta a todas luces, sin ambigüedades ni titubeos, la más completa unanimidad. 2.^a *La segunda fase* extiéndese desde entrado el siglo XIV hasta la mitad del XIX, algo más de cinco siglos; iníciase con un movimiento de descenso en el florecimiento de la filosofía y teología escolásticas, sobre todo en la parte de documentación positiva propia de esta última; torna un período de creciente ascensión, que llega a la cumbre hacia 1570, y una nueva era de oro amanece para la teología de más de un siglo: en esta segunda fase consérvase, no una unidad absoluta, pero sí moral; y las dos solas voces que resuenan en contrario, resuenan aisladas, y precisamente al apuntar la decadencia y alejamiento de las fuentes positivas teológicas. 3.^a *La tercera fase* aun no ha durado un siglo; ha comenzado

con los tanteos y esfuerzos por levantar la teología de lo profundo a que había descendido; y, en realidad, ésta, en progresión lenta, pero creciente, ha subido a un grado notable de esplendor: en la tercera fase rómpe-se la unanimidad, si bien los disidentes, excepto unos pocos, son de escaso valer, y queda sólo una inponente mayoría en favor de la sentencia tradicional. Por consiguiente, *unanimidad absoluta*, *unanimidad moral*, *inponente mayoría*, son las tres etapas por las que ha pasado el pensamiento de los autores católicos desde el siglo IX hasta nuestros días.

VII

EXTRAÑAS CONSECUENCIAS

Ahora insinuemos brevisísimamente algunas extrañas consecuencias que se derivan de la explicación de los modernos y que pueden formar contra ésta un séptimo y último argumento.

1.^a Sea la primera el que en la opinión de los modernos no pueden admitirse ciertas frases tradicionales, cuyo uso la misma Iglesia ha consagrado en la liturgia (1); y son aquellas en las que, señalando los despojos del cadáver, decimos de ellos que resucitarán, que volverán a reunirse con el alma, etc., etc. Son tan genuinas estas frases, tan marcadamente tradicionales, que un protestante, el Dr. Major, en reciente y muy instructiva controversia, de la que quizá podamos decir algo más adelante, para caracterizar con frase sintética lo que el pensamiento tradicional ha defendido sobre el modo de la resurrección de la carne, dice que ha defendido «la resurrección de los despojos» (2). Pues bien; los autores modernos, aquellos se entiende que quieren hablar con exactitud, y por tanto los teólogos, ante todo, evitan cuidadosamente todo este conjunto de frases antiquísimas; se ven obligados a ello por su explicación. Una vez, una sola vez, parecía asomar una de esas frases en el Cardenal Billot, al probar la resurrección de los mismos hombres con los mismos cuerpos, por aquella razón tomada del nombre mismo de *re-surrección*.

(1) Véase ESTUDIOS ECLESIASTICOS, t. I, n. 3, pgs. 180-181.

(2) *The Doctrine of the Resurrection of the Body, Documents Relating to the Question of Heresy raised against the R. H. D. A. Major...*, issued by the R. R. H. Burge, D. D. Lord Bishop of Oxford, II Reply..., pg. 47, London-Oxford 1922.

Pero habilísimamente se emplea una frase, con la cual se evita el decir que resucitará el mismo cuerpo disuelto y corrompido, es decir, el cadáver; y no obstante, la frase es tan semejante que a los indoctos o a los inadvertidos les parecerá la misma. Dice así: «*Ipsum ergo corpus quod corrumpitur et dissolvitur, idemmet resurget incorruptum*» (1). ¡Qué bien dicho! Puede esta frase tomarse en sentido estrictamente filosófico y de modo que se hable de la corrupción filosófica que no es sino la muerte; y entonces, el cuerpo *que se corrompe* (¡en participio de presente!) todavía no está corrompido o en otras palabras, muerto, sino al contrario, *informado aún por el alma racional*; puesto que en el mismo instante en que el alma deja de estar unida al cuerpo, éste ya no muere sino está muerto, ya no se corrompe sino está corrompido. Ahora bien, en la sentencia de Durando, es exacto que «el cuerpo, informado por el alma racional, ese mismo resucitará»: *corpus, quod corrumpitur, idemmet resurget incorruptum*.

2.^a Si el Verbo divino hubiese dejado de conservar su unión con el cuerpo difunto de nuestro adorable Redentor y hubiese asumido otra materia, entonces, *aun permaneciendo íntegro en la cruz o en el sepulcro aquel cuerpo cuya materia fué informada en vida por el alma santísima del Redentor*, con las mismas llagas y con todo lo demás tal cual quedó al morir, no obstante, sería verdad y podríamos creerlo como de fe que Nuestro Señor había resucitado con el mismo, mismísimo cuerpo «que nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado y murió en el infame patíbulo de la cruz». Esto no puede negarse que es algo difícil, y tal que *a fuerza de metafísica* lo podrán admitir y retener algunos doctos, pero la generalidad de los fieles lo rechazará sin vacilación; pues, o no alcanzará nada de tales metafísicas o juzgará que, sea lo que fuere de la posibilidad de ciertos sentidos recónditos metafísicos, no hay que interpretar, según ellos, las frases llanas con que nos hablan la Escritura, los Santos Padres y el magisterio eclesiástico, aun cuando tales frases dentro de una disputa metafísica e ingeniosa sean susceptibles de tal interpretación.

Puede formarse el mismo argumento con el cuerpo de la Santísima Virgen, en el cual ya no existe unión alguna que haya de disol-

(1) *Ibid.*, pg. 165.

verse. Puede, en fin, y quizá con mayor claridad, argüirse de la resurrección universal. Para ello hagamos una suposición. Todos han muerto ya, y ha sonado la última hora. El lector que esto lee, ilustrado con luz divina, contempla los restos difuntos de toda la humanidad: unos completamente reducidos a polvo y dispersos por todo el universo; otros, de los cuales aun queda mayor o menor número de fragmentos; otros, íntegros todavía, durmiendo en el seno de los sepulcros, quizá momificados en secretísimos senos de la tierra. Y suena por fin la trompeta del Arcángel, y a su sonido levántase la innumerable multitud de los hombres. Levántanse ellos, pero el lector continúa viendo yacer en tierra los fragmentos dispersos y dormir las momias en sus urnas funerarias y, en una palabra, permanecer intactas las partículas materiales que formaron un tiempo los cuerpos de los hombres. ¿Cómo? ¿Han resucitado los hombres con los mismos cuerpos, los mismos numéricamente con que vivieron y murieron? Sí. ¿Se ha verificado aquello de que «omnes qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei»? (Joan., V, 28). Sí. Pues ¿no reposan aún dentro de los sepulcros, en forma de restos y cadáveres, los despojos de aquellos que han resucitado? Sí; pero es que, si bien Dios ha tomado otra materia, quizá hasta creado otra exactamente semejante, con la que ha reconstituido los cuerpos resucitados, no obstante el alma es la misma y «ubi eadem est numero forma, ibi est idem numero corpus idemque numero ens». Y dadas estas respuestas, *armados con su metafísica*, quizá se sonreirán algunos doctos; pero la generalidad de los fieles no se sonreirá; y bueno es añadir que jamás para la presente cuestión hizo uso de tales metafísicas Santo Tomás.

Algunas otras raras consecuencias podrían aducirse; pero basten las dos indicadas, con las cuales cerramos la exposición de los argumentos para entrar por fin inmediatamente en la solución de las dificultades.

(Continuará.)

F. SEGARRA, S. J.

